

CAMARGO RAIN

**LAS
ESTACIONES**

Para Patricia...,
la *mulata* guapísima
que fue nuestra inspiración
durante aquel verano
de mil cervezas.

*... ni falta quien eche la culpa a la muger,
llamándola el duende universal que todo lo revuelve.
Mas yo digo que donde hay hombres
no hay que buscar otro achaque:
uno solo basta a desconcertar mil mundos.*

Baltasar Gracián en la CRISI SEXTA, o "*Estado del Siglo*",
de la primera parte de "*El Criticón*", también llamada,
"*En la primavera de la niñez, y en el estío de la iuventud*".

LAS ESTACIONES

OTOÑO
INVIERNO
PRIMAVERA
VERANO

OTOÑO

SEAN

Saliendo por la puerta de atrás, la de la cocina, y llegando al jardín de los cipreses y los pinos enormes y antiguos y los enebros, los rosales y las hortensias que la señora cuida con apego, el apego de quien cree que las plantas piensan... Saliendo por la puerta de atrás y paseando entre los árboles y los parterres y recorriendo los caminos que hicieron para que los niños montaran en bicicleta hasta llegar a la tapia blanca, la tapia alta coronada de agarradas hiedras y cristales traidores que más de una vez han herido a alguien...

A las nueve suena una casi inaudible alarma, y quien no está prevenido corre el riesgo de llevarse un remojón. A las nueve se ponen en marcha los aspersores ocultos y durante media hora el jardín es regado, y luego, a las nueve de la noche, vuelve a suceder lo mismo, pero como las tardes declinan porque hemos entrado en la nueva estación, la de las brumas y tormentas y mareas enormes, es preciso cambiar el reloj.

En el rincón del fondo, el rincón invisible desde cualquier lado que se mire, el rincón de las adelfas, entre los bambúes gigantescos y tupidos hay rastros de un nido de gata, y yo voy mirando a mi alrededor pero pensando, nos haría falta un perro, un perro me iba a quitar mucho trabajo porque las gatas nunca crían donde hay perros y a ellos no les importa dar vueltas y más vueltas y huelen cosas que a mí se me pasan por alto. De hecho se pasan el día dando vueltas, como si fuera su obligación, y esperando a que alguien les tire un hueso o un palo o una piedra, les da igual; todo lo persiguen y agradecen, y un perro me iba a ahorrar muchos paseos. Nos haría falta un perro y don Arsenio dice lo mismo, os hace falta un perro, o mejor dos, perro y perra, porque si sólo tienes un perro le llevas una perra en celo y lo engañas, a lo mejor hasta salta la tapia, de un sólo brinco

la franquea, y eso que es alta –pero es que si eres perro por una perra en celo haces cualquier cosa–, y no lo vuelves a ver, y entonces los ladrones pueden entrar como Pedro por su casa y tampoco te vas a liar a tiros con unos chorizos, ¿no?

–¿Un perro? –dice la señora, y añade–. Ya tenemos a Sean, que nos cuida mucho mejor.

Yo no soy un perro sino el ángel de la guarda, y la señora lo sabe muy bien.

–¿Un perro...? –y don Arsenio, con sus aficiones y prevenciones, siempre me dice lo mismo: que me va a traer uno.

–¿Qué perro prefieres? Necesitaríais uno de esos de ahora..., ¿cómo los llaman...?, uno de esos de presa castrado. Los hay muy mansos pero inspiran respeto, y cuando un perro de presa castrado se pasea por un jardín, los gatos no entran y los ladrones van a la casa de al lado. ¡Es raro que no tengáis un perro por aquí...!

La tapia es alta y cuidada, pero en el rincón de los bambúes está medio podrida, con la cal levantada por el agua y el sol y muchos desconchones que dejan ver las piedras. Aquí está la caseta escondida y exenta que guarda la caldera de la calefacción, y su calor durante el frío invierno es lo que hace que la cal se estropee y se desprenda. A este rincón no es fácil llegar porque los bambúes lo cubren todo, y cuando encalan la tapia no dejan trabajar a los obreros. La primavera que viene me ocuparé de que se arregle, pero este invierno lo voy a dejar sin tocar y a lo mejor consigo un perro, un perro de presa castrado, a los que no afectan las perras y sus venenosos efluvios...

Es mi diaria ronda del Ángelus, y en la cocina, cuando vuelvo a entrar, hay una desusada agitación.

–¿Qué sucede?

–A Miriam le han matado un hermano.

Miriam está sentada en una silla del fondo y llora con la cara entre las manos, y es raro, porque Miriam, con su impoluto y sedoso uniforme blanco y negro, nunca se sienta, y

menos en la cocina, entre todos estos humos y vapores que dice que te prestan aspecto de gitano, ¡ese carbón!, y tampoco llora, nunca llora sino que siempre se muestra seria e inalterable como la esfinge de Gizeh. Miriam llora y la cocinera le acaricia la cabeza y le dice, vete, ya se lo diré yo a la señora, ¿te han llamado de la funeraria?, no, ha sido la Guardia Civil, y sigue llorando y los demás la miran serios y sin abrir la boca.

«La mañana que digo, y con semejantes mimbres, comenzó la aventura que nos ocupó durante un año, y no fue don Arsenio, el tío Arsenio, el hermano mayor de la señora, quien consiguió retirar a la mulata Patricia, o Patri, como le decían otros, mercancía ambicionada, sino su otro hermano, el que llamaban señorito Mary y los niños tío Mary, y si lo hizo no fue por hacerle una faena, ni a ella ni a la señora, sino que lo que quería, y lo había querido, buscado y perseguido desde siempre, desde el principio, desde que la conoció, era quedarse con ella, a lo mejor en propiedad exclusiva, pero mucha gente, sobre todo los que lo veían desde fuera, pensaron que había sido don Arsenio por motivos morales. Los que lo vieron desde fuera, a prudente y callada distancia durante todo aquel revuelto año de la pasión de los niños, pensaban que era don Arsenio quien aconsejaba a su hermana, quiero decir, a su hermanita, porque le llevaba quince años, ya que aquellos dos, la señora y su hermano mediano, a quien los niños llamaban tío Mary, eran hijos de la desesperación, de Ogino, de un preservativo roto o de una maquinación parecida», y todo esto lo decía el ama de llaves-gobernanta-jefa de la secretaría mayor, que realmente no estaba muy enterada del desarrollo de los acontecimientos y contaba las cosas a su manera, quizá porque no le interesaban demasiado, porque no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor o porque ella conocía mejor que nadie los sucesos de antaño y pensaba que en el mundo las cosas no cambian nunca.

—A los barones, los barones que yo conocí de pequeña, cuando entré en aquella casa procedente del pueblo y me

nombraron pinche segundo de cocina, no les gustaban los niños, en especial al barón, y si hubiera sido por él habría muerto sin descendencia y hubiera transmitido toda su hacienda al Estado antes que tener que lidiar con hijos y luego con nietos, a los que casi no conoció, y buena prueba de ello fue que a su mujer nunca le hizo mucho caso. Mejor dicho, se podría decir con toda seguridad que no le hizo ninguno, puesto que vivían no ya en habitaciones separadas sino en pisos diferentes, él en la planta baja, en donde podía recibir sin impedimentos a amigos y amigas, y la baronesa en el primero, en donde estaba la capilla y las cajas fuertes, pero eso fue antes de que se llevaran todo el dinero y las joyas, entre ellas la custodia de oro macizo, al banco, porque aquello no se podía tener en casa, y luego, cuando fui mayor, nunca he llegado a comprender cómo no nos asaltaron en alguna ocasión y desvalijaron los innumerables tesoros que aquellas cuatrocientas paredes contuvieron en su día. Claro, que como la servidumbre por aquellos entonces era nutrida, y el barón guardaba un verdadero arsenal en sus habitaciones, quizá a los que se les ocurrió no llegaron a atreverse.

La baronesa, sin embargo, era otra cosa y decía que, hijos, los que Dios te mande, aunque al final sólo ejecutaran tres cópulas, que se sepa. El primero dio como fruto a don Arsenio, el tío Arsenio, que casi nunca iba por allí; el segundo, quince años más tarde, al señorito Mary, y el tercero, inmediatamente después, a la señora baronesa, y entonces su padre, o sea, el abuelo, el barón original, en un rasgo de humor a la niña le puso María, puesto que al anterior le había puesto Mario en recuerdo de su padre —así todo queda en casa, decía—, y si fue ella quien heredó el título se debió tan sólo a que a don Arsenio no le interesaba nada, nunca le interesó, pues a él, de aquel asunto, lo que se refería a la familia, únicamente le interesaba el dinero, y bien que lo tuvo y manejó, y el tío Mary, que era el listo, estuvo desde la cuna predestinado a representar el papel de viva la virgen, para lo que fue educado, o sea que al final don Arsenio

era el administrador de los pecunios comunes, su hermana representaba el papel de baronesa, y lo representaba con toda la pulcritud y distinción y prestancia que el caso requería, y el señorito Mario, al que todo el mundo llamaba tío Mary, el de viva la virgen, como decíamos. Era una familia en la que todo estaba convenientemente compartimentado y los detalles amarrados con la suficiente habilidad como para que nadie se llamara a engaño, y de hecho nadie se llamaba ni protestaba nunca; había de sobra para todos.

—¿Y qué más?

—Pues poca cosa más. A mi me nombraron pinche segundo de cocina bajo las órdenes directas de un individuo de mal cariz y peor talante que se llamaba Paco Carboneras y acabó sus días en un penal de la costa —según nos enteramos con el tiempo—, porque mi madre, que era servidora de la abuela de la actual baronesa, se empeñó en que dejara el pueblo, en donde no había visos de futuro, y me estableciera en la capital del Reino. Empecé de pinche de cocina en casa del antiguo barón, entré de joven y me enseñó la antigua cocinera, que era la que hacía cosas que ya no se pueden hacer, cosas de comer, me refiero, porque, ¿cómo vas a hacer volovanes, o *vol-au-vents*, que dice la señora, con la harina que venden en los supermercados? Empecé de pinche de cocina y llegué a dominar tales artes, pero luego, con el devenir de los tiempos y en uno de los frecuentes cambios de servidumbre, como era la más antigua y quien mejor conocía los entresijos de aquella casa, me ascendieron de categoría y llegué al lugar que ocupó, las alturas, el mando supremo, desde donde reino sobre todos quienes aquí se afanan; todos menos tú, Sean, porque tú eres el ángel de la guarda y te estamos agradecidos...

—Muchas gracias, doña Inés.

—No, no me des las gracias ni te quieras deshacer de mí tan pronto y déjame que acabe de contártelo..., porque no fue don Arsenio, como te estaba diciendo, quien deshizo al final la madeja, la embrolladísima madeja en que devino el hasta entonces monótono curso de los acontecimientos co-

tidianos, sino el señorito Mary, su hermano pequeño, aunque, claro está, generosamente asistido por su pandilla y su hermana, la señora baronesa, y no lo hicieron mal, por cierto, sino muy diestramente, porque aunque los vástagos que los viejos barones dejaron en este mundo se revelaron tan juerguistas, descreídos, heterodoxos e iconoclastas como su padre, que no era poco, heredaron al propio tiempo la medida y buen hacer de su madre, la educación exquisita, producto de siglos, que distingue a la ya casi extinta clase de los aristócratas. Amén —y esto también lo decía el ama de llaves-gobernanta-etcétera, doña Inés, que llevaba muchísimos años en aquella casa y en realidad casi no se enteraba de lo que sucedía ante sus narices.

PATRICIA

La señora sacó un cigarrillo de una caja.

—¿Fuma?

Yo moví la cabeza.

—Muy poco.

—¿Y hierba?

—En Jamaica sí.

—¿Cómo...?

—En Jamaica, sí.

La señora, desde su asiento y adornada con un llamativo vestido de muchos colores, me miró interrogativamente.

—Supongo que le gustan los niños...

—Por supuesto.

La señora, con el papel de la embajada en la mano, me contempló aún más interrogativamente.

—Dígame, ¿cuál era su oficio hasta ahora?

—Era maestra de español en mi ciudad.

Hubo una pausa.

—Perdóneme. Ni siquiera le he dicho que se siente... —y con un gesto me invitó a hacerlo. Luego dijo—. ¿Cuál es su ciudad?

–Kingston.

–¡Ah...!

La señora llevaba un vestido precioso y estaba sentada, es decir, reclinada, en un diván forrado con una lujosa y abigarrada tela de flores.

–¿Fuma? –dijo ofreciéndome la caja, y yo sonreí.

–No, no, señora; muchas gracias...

–¡Ah, sí...! –y pareció recapacitar, pero luego dijo–. ¿Puede escribirme una carta?

–Por supuesto.

–¿Sí...? Pues venga. Sean, por favor, acérqueme el papel.

... y el secretario que estaba allí, detrás de mí, en la sombra, que era bastante alto y guapo y estaba muy correctamente vestido, puso a mi alcance lo que los españoles conocen como "recado de escribir".

–"Querida Esther" –comenzó la señora, y muy lentamente y con muchas pausas continuó–. "Tu ahijado Charli-dós, o Pipo..., está muy descontento con tu ausencia... tan prolongada..., y ruega por todo lo que se le ocurre que vengas a verle en cuanto puedas... sin reparar en medios...".

Yo escribí lo que me dictó, y luego ella lo tomó, lo leyó de un tirón y, tras pensarlo, dijo,

–¿Por qué sabe usted que Esther lleva una hache intercalada?

–Mi abuelo era pastor evangélico.

–¿Y usted...?

–No, yo no.

–¿No profesa ninguna religión?

–No.

La señora contempló la hoja de papel y dijo,

–Tiene usted una letra bonita.

–Gracias.

–Sí, tiene letra de persona mayor... ¿Cuándo quiere empezar?

–Cuando usted me diga.

Luego me miró durante un momento, ya más sentada, y

añadió,

—Los detalles administrativos..., ¿los discutimos ahora o luego? —y yo me sentí obligada a responder,

—No, luego.

PIPO

El año anterior había sido un año raro, sobre todo por Charlotte, que fue la primera institutriz que tuvimos, y porque a Azucena le suspendieron cinco —a mí sólo dos— después de largos años de ser aprobados en todo, incluso con buenas notas, y aunque en casa decían que era la edad, cosas de la edad y alguna vez tenía que ser —lo decía el tío Mary y a veces también el tío Arsenio, cuando iba por allí—, mi padre decidió que tenían que ponernos un profesor particular porque Charlotte sólo nos daba clase de francés. Al principio dijeron "un profesor particular", y me parece que buscaron alguno e incluso preguntaron al tío Arsenio que conocía a muchos jesuitas, pero luego mi madre decidió que era mejor "profesora particular". ¿Un profesor...?, y le miraba, ¿quieres poner a Azucena un profesor?, ¿un chico joven...?, y mi padre, que estaba en un sillón, no dejaba de leer el periódico porque yo creo que aquello no le interesaba nada, de forma que contestó, bueno, o mayor, como tú quieras, y es que seguramente pensaba que era ella, mi madre, quien se iba a ocupar de todo, como siempre.

La pandilla de mi padre, es decir, la pandilla del tío Mary, el hermano de mi madre, que databa de los tiempos en que todos ellos iban al colegio, se componía de cuatro personajes. Habían sido más, porque a veces hablaban de uno al que llamaban "el chino" y del que decían que hacía mucho que no sabían una palabra, y también de otros, pero en aquellos entonces quedaban cuatro que solían ir juntos a todas partes, sobre todo a cazar, y casi todos los jueves por la noche a recorrer y cerrar bares. Estos cuatro, por orden de edad, eran: mi padre; mi tío Mary, que ya sabemos quien

es, el hermano jueguista de mi madre; Juanito, el tronco del tío Mary, con el que siempre estaba hablando de las novias que habían tenido a medias, y Victoriano, que era el cuarto en discordia y no se parecía en nada a ellos pues llevaba barba, era serio y cantaba y tocaba la guitarra y el piano muy bien. Victoriano era el más antiguo amigo de Juanito, y eran tan amigos que cuando Juanito se casó, de joven, se fueron los tres de viaje de novios, los recién casados y el amigo del alma, y estuvieron varias semanas en las islas Caimán; claro, que yo eso sólo lo sé de oídas, porque cuando sucedió era muy pequeño o aún no había nacido.

Mi madre también había sido de aquel grupo en su juventud porque era hermana del tío Mary y habían ido al mismo colegio, pero luego se aburrió de verlos —porque como estaba casada con mi padre le veía todos los días— y casi nunca salía con ellos sino con sus amigas, a las que nosotros llamábamos tías. Estaba la tía Teresa, que en cuanto me divisaba, sin perder de vista el juego y con las cartas en la mano, porque se pasaban la vida jugando, decía, ¡este niño...!, ¡pero qué ojos tiene este niño...!, que a mí no me gustaba nada porque me miraban todas y cada vez que se lo oía salía corriendo, y también estaba la tía Esther, mi madrina, que era prima de mi madre y se parecía muchísimo a una actriz americana muy famosa, y como era tan guapa, yo, cuando era muy pequeño, a los siete años o por ahí, me subía encima de ella en cuanto llegaba a casa y se sentaba en alguna silla. Mi madre decía, ¿quieres dejar tranquila a tu tía?, ¡baja de ahí!, pero mi tía Esther se reía y decía, no, no, déjale que haga lo que quiera, ¿verdad, Pipo?, y me apretaba bien, y entonces mi madre decía, ¿por qué le llamáis todos así?, se va a quedar con ese nombre y ya tiene uno, porque yo en realidad me llamo como mi padre, que se llama Carlos, aunque todo el mundo le llame Charli, y a mí Pipo y Charlidós.

La pandilla de mi padre era muy compacta, todos eran muy amigos, pero se empezó a revolucionar cuando nos pusieron una institutriz mulata que era guapísima. Antes te-

níamos a Charlotte, que era una chica que ayudaba a mi madre a vestirse y a peinarse y a nosotros nos llevaba al colegio y al cine y sitios de esos. Era karateca y a mí me enseñó bastantes cosas. Por ejemplo, que nunca le des un puñetazo a nadie porque te puedes romper la mano, que es mucho mejor dar un tortazo en mitad de la nariz con la mano abierta; yo nunca he dado un puñetazo a nadie, pero no porque me lo dijera Charlotte sino porque no me ha hecho falta, y menos con Pancracio al lado, y tampoco le he dado a nadie una torta, y mucho menos en mitad de la nariz. Bueno, pero Charlotte era mayor y hablaba poco en español, casi siempre hablaba en francés, *¿n'est-ce pas, mes enfants?*, y entonces había que decir, *oui*.

La mulata que era guapísima hablaba a veces en inglés, sobre todo con las visitas, pero casi todo el tiempo en español.

—¡Qué rara es!, ¿verdad, mamá?

—Niño, no digas eso. ¡Si parece una cariátide...!

—¿Una qué?

—Una cariátide.

—¡Pero es que es como negra...!

—No, hijo, es que es mulata.

—¿Y eso qué es?

—Pues mestiza.

Bueno, la mulata que era guapísima y hablaba en un español pulido, aunque con las visitas hablara en inglés porque mi madre no lo dominaba del todo y había cosas que no entendía, se parecía mucho a una que salía en Némesis del Espacio Profundo, que era un juego de ordenador al que yo jugaba con Pancracio y otros. Había muchas chicas y yo casi siempre elegía a una rubia que tenía muchas tetas, bueno, tenía demasiadas tetas, pero eso era porque el juego era americano y a los americanos les gustan las chicas con las tetas muy grandes, o eso decía el tío Mary, aunque en realidad se las podías cambiar, dabas a un botón y se desinflaban hasta que quedaban a tu gusto, y lo demás también se lo podías cambiar, claro, y ponerle la nariz más larga, tan lar-

ga como Pinocho, o tripa, o las piernas gordas o muy flacas, y a veces, en vez de jugar, lo que hacíamos era inventarnos chicas a nuestro gusto, y Pancracio se inventaba unas horribles, todas gordas y como torcidas; desvestirlas no podías, para eso había que ganar y entonces sí te dejaba que les quitaras la ropa, pero ganar era difícil y sólo lo conseguimos una o dos veces. Bueno, pues yo al principio siempre elegía a una rubia que tenía las tetas muy grandes, pero luego descubrí que había una que era como mulata, y cuando me puse a cambiarle cosas, un día, me salió una que se parecía un poco a Patricia, y luego seguí y seguí, y cuando ya se parecía más, porque era difícil de hacer, se me borró y no pude volver a hacerlo. De todas formas dio igual porque nunca conseguía ganar a aquel juego, y lo que yo quería, que era quitarle la ropa, no lo iba a lograr nunca, pero en realidad no importaba porque a Patricia casi no hacía falta quitarle la ropa, y es que ella era de las que no caben dentro, de las que parece que es la ropa la que las lleva a ellas y no ellas a la ropa, y más en verano. Patricia, como decía mi madre, era como una cariátide congelada en el tiempo, aunque yo creo que eso era quedarse un poco corto y ella era más bien como el Partenón entero. Patricia era como una cantante de ópera antiquísima, hacía gorgoritos, desde luego, aunque los entendíamos pocos, y también como uno de esos coros oceánicos, o universales, o como alguna chica de las que salen en las revistas o el mar, que se mueve tan despacio si lo ves desde muy lejos, o incluso como un portaaviones en el océano, que navegan muy armoniosamente, por lo menos en los documentales de la televisión. Patricia era parecida a la mulata del juego del ordenador que llevaba un vestido brillante, aunque en realidad era mucho más guapa, y era tan guapa que desde que llegó, sobre todo los primeros días, casi no se hablaba de otra cosa, y durante una temporada estuve oyendo historias misteriosas acerca de cariátides y atlantes que atravesaban los espacios infinitos para recalar en nuestra casa, que era lo que decía el tío Mary, el más inspirado de cuantos iban por allí. En mi casa casi siempre

se hablaba en clave y a veces decían cosas que significaban otras diferentes, como los huevos con tomate, por ejemplo, de los que nunca supe si se estaban refiriendo a los huevos en sí o a algún asunto misterioso del que yo aún no tenía ni idea, y es que mi madre, cuando lo decía, ponía una cara en la que ya se veía que no hablaba de una cosa cualquiera, o también lo que decía mi hermana de los que montaban en yate...

—¿Y qué decía tu hermana de los que montaban en yate?

—Pues eso, que todas las noches cenaban huevos con tomate —y como yo lo conocía desde pequeño también me divertía intentando liar a los demás, sobre todo en el colegio, en donde nadie entendía nada.

—No, ahora tengo un juego mejor. Ese de Némesis está un poco pasado y ahora juego al de "Atlantes y Cariátides que se persiguen por el pasillo", pero yo creo que van a ganar las cariátides, sobre todo las que van montadas en portaaviones; se ve venir.

—¿Y eso qué es?

—Pues es como lo de la merluza con mayonesa, ¿no sabes lo que es la merluza con mayonesa?, que cuando la cocinera no sabe qué hacer pone merluza con mayonesa, eso dice mi padre..., o croquetas, bueno, que no tiene más que freírlas, o huevos con tomate, que dice mi madre, ¡mira que están buenos los huevos con tomate!, ¿a ti no te gustan...?, a mí me gustan muchísimo y casi todas las noches los cenó, como los que van en el yate, que dice mi hermana.

—¿Tu hermana es esa del pelo rizado de la otra clase?

—Sí. Está un poco loca, pero bueno. En realidad no es mi hermana, sino la amiga de siempre de Rosana.

—¿Rosana es la de los ojos azules?

—Sí, y además la amiga del alma de mi hermana.

... y como Pancracio me contemplaba dubitativo y no decía nada, yo le animaba.

—Sí, no, tienes que venir a verlo a casa, ya verás que número.

—¿Pero tienes las instrucciones?

—No, bueno, yo que sé..., pero tú seguro que puedes averiguar donde están, a ti te gustará, aunque a lo mejor le gusta más a Jaimito, porque sale una cosa parecida al Partenón y el Partenón siempre está desnudo, ¿no...?

SEAN

El mar no es de nadie, pensé cuando me cogieron los guardias agarrado a una peña y el mar estaba a punto de llevarse me, como no es de nadie la luz ni el viento ni el arco iris, y los guardias que no se ahogaron y consiguieron regresar me sacaron de allí como pudieron y me llevaron al cuartelillo. Mi madre pagó la multa y me soltaron, y les quiso agradecer lo que habían hecho por mí y por ella pero los guardias no quisieron y sólo cogieron el dinero de la multa, y luego le dieron un recibo que todavía está en mi casa puesto en un marco, pero entonces yo tenía once años.

El mar no es de nadie, ni el cielo ni el fuego ni el agua, que decían los pescadores de mi pueblo de la Costa de la Muerte, y como no es de nadie y yo entonces tenía once años, descendía por los acantilados y escalaba las peñas por detrás hasta conseguir llegar a los lugares más favorables, que siempre son los más peligrosos. El viento, sin embargo, es de los dioses, que lo manejan a su antojo, y el agua aturbonada que azota las peñas llega desde la lejana orilla de enfrente traída por los mismos dioses. Los asideros son nuestros, si podemos alcanzarlos, y el tiempo, recipiente de nuestras líquidas fantasías e impalpable fluido que se escapa entre las manos, tampoco es de nadie, ni siquiera de los dioses; él corre a su compás y todos debemos conformarnos. El mar manso de las mareas vivas es nuestro, sí, pero a veces los dioses se irritan y tienden trampas en las que caemos los incautos, mar de repente encrespado y violento, agua y viento y tiempo que corre y nadie puede detener, guardias que vigilan la costa con prismáticos y salen de puerto y abrigo en sus rapidísimas e inquietas e insumergi-

bles lanchas, altavoces que no se oyen y brazos que te prenden y tiran de ti impidiendo que te vayas al fondo, colocando a otro en tu lugar, y luego noticias de lejanos funerales, recibos de papel representando la vida recuperada, lágrimas de madre vistas en las hojas de un periódico... Pero todo esto sucedió cuando yo tenía once años.

Doce años antes, un marinero negro envuelto en varias mantas y sentado al lado de la estufa del bar, contó en portugués a los del pueblo cómo había sido la historia y lo que había sucedido durante las catorce horas que estuvieron a bordo con el timón roto y el motor inundado, y al cabo del tiempo, al cabo de un mes, cuando mi padre se había despertado y comenzaba a dar paseos por los quebrados senderos de la costa, el mar llevó hasta la playa algunas cuerdas y un salvavidas que tenía el nombre del barco, pero de todo lo demás nunca se supo qué sucedió.

Mi padre, que había llegado a aquellas tierras cabalgando en la cresta de una ola que no le ahogó sino que le arrojó despectivamente a una playa de arena, cuando al cabo de los días despertó tras su odisea marina —y el médico dijo que no encontraba explicación—, se encontró ante sí a un ser celestial que le miraba temerosamente y le ofrecía una humeante taza de grelos con patatas. Él se sintió vestido con un pijama antiguo, arropado con telas que nunca antes había visto y contemplado a distancia por un difuso ángel luminoso que descendía de las alturas. Aquel señor escocés de larga barba, nostramo del navío que perdiera el gobierno por un endiablado golpe de mar a la altura del cabo Touriñán, y mi madre, ángel difuso y luminoso para quien se acaba de despertar, pero también viuda prematura por los bosques de olas del mar de mi tierra y maestra de un pueblo en el que no había niños, se embarcaron, cuando llegó la hora, en la ardua aventura que me iba a obligar a nacer..., porque la razón última de que yo esté aquí fue el hecho de que alguien dijera que había chalecos salvavidas para todos y era preferible ahogarse en el mar abierto que no dentro de la bodega de un barco cabeza abajo, y como todos fueron

del mismo parecer se los pusieron y se lanzaron al abismo de agua, y es que en un carguero que iba de Sudáfrica a Bristol viajaba el espermatozoide que causó mi primera vida...

Mi padre era escocés, como dije, y mi madre gallega, y en casa siempre hablaron en los dos idiomas, de forma que lo primero que aprendí fue a hacer las preguntas en inglés y dar las respuestas en español. Luego, cuando corrió el insalvable tiempo y yo tenía nueve años, mi padre se murió, o se fue, no lo sé, aunque mi madre siempre dijo que se murió, y como mi madre decía aquello, un día de algo después me acerqué hasta el cementerio a ver si encontraba su tumba, pero no la encontré, o por lo menos no encontré una lápida en que estuviera escrito su nombre, y eso que recorrí todo el cementerio y estuve apartando hierbas y zarzas, pero aquello no me desanimó, y después, cuando conseguí una bicicleta para mí solo, recorrí los cementerios de los pueblos vecinos también sin resultado, y aunque con mi madre nunca volví a hablar de aquel asunto tan difícil e hice como que se me había olvidado, el caso fue que mi padre desapareció de la costa de los bosques de olas y nunca volví a saber de él.

El mar no es de nadie, es verdad, ni los cuerpos de los ahogados que descienden al abismo, aunque la mayoría no llegue, engullidos en su camino por los voraces habitantes de las profundidades que a todo sacan provecho, ni el viento ni el fuego ni el agua, ideas muy propias de quien no sabe nada y todo lo está aprendiendo de la mano de los hombres de su pueblo que dicen que a todo hay que aprender, mariscador furtivo cuando había marea y en los ratos que me dejaba libre la escuela...

Luego, tras haber cambiado mi lugar en el cementerio marino con aquel guardia que nunca conocí, pude haber sido tripulante de los barcos pesqueros de las cercanías, de los que había muchos, pero mi madre lloraba y a mí tampoco me tiraba aquello de levantarme antes del amanecer, gastar el día en un barco zarandeado por el mar y volver a

puerto con lo que el albur se dignara regalarte, de forma que en cuanto tuve edad me fui a la academia de quien ocupó mi lugar en el bosque de olas, que estaba lejos, muy lejos, y si elegí tal oficio debió de ser porque las noches de invierno son largas y oscuras y en nuestra solitaria casa tuve tiempo de sobra para pensar en aquel a quien sólo conocí en la fotografía de un periódico, romántica idea producto del viento, del agua y del tiempo..., y es que cuando la mayor parte de tu vida ha transcurrido en un pueblo de quince habitantes y sesenta gallinas, cualquier cosa te parece romántica.

Ahora, ya hace años, tras salir indemne de mis pleitos con las olas y las rocas del mar y dar muchas vueltas por academias y otras instituciones oficiales, de impredecible manera estoy aquí, en esta gran casa, aunque el barón me llame asistente, adjunto, agregado o coadjutor, depende del día que tenga, y la baronesa querido, y no lo digo con retintín ni ella con segundas, antes bien con primeras, puesto que es una de las personas más amables que nunca conocí. Yo desempeño mis labores en la sombra y nadie me molesta. Habito la planta baja y todos cuantos entran o salen pasan ante mis ojos por mediación de pantallas eléctricas, soy el ángel de la guarda, y los cheques que en ocasiones me da la señora se los envió a mi madre que compra tierras y me dice, para cuando seas mayor, porque cuando el barco se hundió a mi padre le dieron bastante dinero, y como mi madre era por entonces viuda —y siempre fue maestra, la maestra de un pueblo abandonado y en donde no había niños—, resulta que ahora le pagan dos pensiones y no tiene casi ningún problema, sólo los de su soledad, pero eso tiene difícil remedio y a ella no le importa.

... y mientras tanto, en aquella habitación, habitación grande y tenuemente iluminada, habitación adornada por vistosos cuadros de todas las épocas...

—Sean, ¿qué hora es?

—Las doce y media.

—Parece que me duele un poco la cabeza...

... se seguía oyendo la incoherente y difusa cháchara de don Victoriano.

—Se le perdió un perro y estuvo una semana entera buscándolo, y mientras hacía el chalet, la casa de Tomás, vivieron una temporada al lado de María Isabel. Luego se mudaron...

La baronesa, a continuación, decía,

—¿No fue en el AVE...? Sí, es que eran muy simpáticos. Eran dos matrimonios... —y de esta forma continuaba el coloquio.

Ellos, es decir, los señores, estaban jugando una de sus bisemanales partidas de póker con la cuadrilla al completo. Aquella noche, además, había una chica nueva, una chica que sólo miraba, la única mujer, porque la señora, tras jugar unas manos, las primeras, y decir que le dolía la cabeza, se retiró. El señor repartía las cartas y yo me dedicaba a llenar vasos, vaciar ceniceros y escuchar distraídamente lo que allí se decía.

—... que iba para notario, y en el último ejercicio se conoce que volcó la máquina, que se pasó de vueltas y está trastornado; vive con los padres. Está loco, loco perdido, se pasó de vueltas, se pasó; eso me lo ha contado a mí Tomás, que es su hermano... Bueno, ¿qué llevas ahí?

Don Juan descubrió sus cartas y luego lo hizo don Victoriano.

—¡Joder, tío...! ¡Te llevas las pelás, a mi mujer...!

... así que ahora estoy aquí, en casa de los barones de Casa Vuín... Soy, como ya dije, el ángel de la guarda. A nuestro alrededor suceden cosas, sí, pero yo consigo que nadie se entere; es parte de mi trabajo.

PATRICIA

—Azucena, mira: esta es Patricia.

—Hola...

—¿No te vas a levantar?

–¡Ay, sí...! –y la niña, una niña de unos trece años, tan pelirroja como su madre y con algo que parecían tirabuzones deshechos una semana antes, se levantó de la cama en donde estaba tirada, vino corriendo y muy sonriente me dio un beso.

–¿Te vas a quedar aquí?

–Sí, claro. Si vosotros queréis, me quedo –y Azucena, que era una niña sumamente expansiva, dijo,

–¡Huy, sí, sí...! ¡Qué bien...! ¿Y tú sabes pintar?

–¿Pintar qué?

–Pues los ojos...

–Ah, sí, los ojos sí. ¿Quieres que te enseñe?

–¡Pues claro!

–¿Dónde habéis estado este verano?

–Yo en México, y mi hermano en Londres.

–¿Y qué tal? –y la niña, que era muy expresiva, dijo,

–¡Huy..., más bien...! Yo estuve en un hotel que te ponían una pulsera y ya podías ir a todas partes, a las piscinas, porque había varias, y a los comedores..., y en uno podías coger toda la comida que quisieras. ¡Fíjate, y había una cantidad de pizzas...! Todo eran pizzas rarísimas de colores y Rosana y yo nos poníamos ciegas..., y de macarrones y todo eso... ¡Jo, es que estaban buenísimos, todos llenos de queso...!

Luego fuimos a la habitación vecina, en donde un niño rubio un poco menor que su hermana se puso en pie y se quedó mirándome fijamente, incluso un poco desorbitado.

–¿Tú eres la nueva...?

–Sí. Yo soy.

–¡Jo...! –y hubo una pausa.

–¿Qué pasa? –dijo su madre.

–No, nada...

–Dale un beso, ¿no? –y el niño, que no dejaba de mirarme, dijo,

–¿Yooo...?

–Sí, hombre, claro, dale un beso, que a partir de hoy la vas a ver mucho –y el niño, dudando, apartando la mirada y

poniéndose colorado se llegó hasta mí y, muy confundido, me dio un beso. Vamos, hizo como que me daba un beso pero fue una cosa fugaz, una cosa que nadie supo lo que era, ni su madre, que nos miraba divertida.

—¿Te gusta?

—¿Quién?

—Pues Patricia. Ahora va a cuidar de vosotros.

El niño tardó en contestar y volvió a ponerse colorado.

—Psí...

Su madre se rió.

—¡Ah!, ¿sólo sí? ¡Si es guapísima!, ¿no? Y además os va a enseñar a escribir.

El niño no me quitaba ojo.

—¿A escribir...? Si ya sé... —y su madre se rió

—Sí... Eso es lo que tú te crees.

Luego salimos y nos dirigimos a lo que iba a ser mi habitación, que estaba enfrente de las de los niños, y en el pasillo la señora se detuvo y, mirándome, preguntó,

—Óigame... —y lo pensó—. ¿A usted le importa que le hagan unas fotos?

—No, a mí no. En absoluto.

—Bueno, bueno, pues ya hablaremos.

... y con tan crípticas palabras a modo de colofón fue como hice mi entrada en aquella casa.

—Oye, ¿me escribes una cosa? —y el niño, con un poco de miedo, dijo,

—Sí...

—Pues ya verás, escribe: Hoy ha venido una chica nueva que se llama Patricia...

... y escribió, "oy ha venido una chica nueva que se llama Patricia", y su hermana, "hoy a venido una chica nueva que se llama Patricia".

—¿Vosotros no leéis nunca?

—¿Qué?

—Libros.

—¡Ah, sí! Yo a veces. Pipo, no.

—¿Tú no lees libros nunca?

–No... Bueno, a veces...

–¿No te gustan?

–Sí... Algunos...

... y una de las primeras cosas que enseñé a mis educandos, la primera tarde que los llevé de paseo, fue a cruzar la calle, porque, pese a que eran muy mayores, no tenían tales artes y lo hacían poco menos que a lo loco y sin reparar en lo que sucedía a su alrededor; se veía que iban en coche a todas partes.

Por la noche, cuando volvimos, Azucena dijo, ¿vemos la televisión?, y yo repliqué,

–¿La televisión...? ¡Ni hablar! Hoy vamos a contar cuentos.

–¿Cuentos...? ¡Si ya somos muy mayores...!

Azucena, desde el sofá y enseñando bien las piernas, me miraba.

–Oye, y tú..., ¿dónde vivías antes?

–Pues en Jamaica.

–¿Y eso qué es?

El niño nos estaba mirando.

–Una isla. Está en el Caribe y antiguamente fue un nido de piratas anglosajones.

–¿Sí...?

–Sí. Pero no pongas esa cara que tú no sabes lo que son los piratas, y menos los anglosajones.

–¿Yo...?

–¿Queréis que os lo cuente? –y Azucena dijo, ¡sí!, pero el niño se levantó.

–Es que me tengo que ir...

–¿Adónde?

–Pues al ordenador. Es que he quedado ahora con Pancracio, que estamos jugando a una cosa... ¿Puedo?

–Por supuesto.

... y el niño salió y Azucena dijo,

–No, pero tú cuéntame lo de tu isla.

–Pues Jamaica es una isla que está muy cerca de Cuba y de Santo Domingo, y como está tan cerca los piratas ingles-

ses la tenían como base y se dedicaban a desvalijar las flotas españolas que iban cargadas de oro... El capitán Drake fue muy famoso en aquellos tiempos, y también había otro que se llamaba... –y de aquella forma desgrané ciertos sucesos que me pareció que podían interesarle.

–¿Y no sabes ninguna otra cosa?

–Sí, claro. ¿Sabes que en el siglo XVII hubo un terremoto? Bueno, fue más bien un maremoto, y toda la capital se hundió, se la tragó el mar. Luego la reconstruyeron en las colinas de alrededor, que es donde está hoy, pero la capital antigua se quedó sumergida y con sus casas intactas, ¡fíjate!, todo lleno de tesoros...

–¿Y no los sacan?

–Sí, claro. Ahora los están sacando, y encuentran muchísimas botellas llenas del ron de aquella época... Mi país también es miembro de la Commonwealth, ¿tú sabes lo que es la Commonwealth...?, bueno, ya te lo explicaré otro día..., aunque nuestra máxima gloria nacional hoy no sea nada de eso, sino..., ¡Bob Marley!

–¿Y eso qué es?

–Uno que cantaba... –y entonces, desde el otro extremo del pasillo, se oyó,

–¡Niños, a cenar!

... y allá fuimos.

Nos sentamos, nos sirvieron una sopa buenísima y observé que Azucena metía la cabeza en el plato.

–Oye, ponte derecha –y ella me miró extrañada.

–¿Derecha?

–Sí. No metas la cabeza en el plato.

–¡Ah...! ¿Así?

–Claro. Hay que comer bien, ¿no?, porque si no, no se puede ir a ningún lado. Imagínate que vas a cenar con tu novio... ¿Te vas a comer la sopa así? Le vas a asustar.

Azucena se rió.

–¿Con mi novio...? ¡Si no tengo novio...! Además, con mi novio no iba a comer sopa.

–¿No...? ¿Pues qué ibas a comer?

—¡Pues pizza!